

### EL SECRETO ESTÁ EN EL AGUA.-

*Sonaban las dos de la madrugada de un día cualquiera; a esas horas el vecindario dormía, solo Tomás “El Cabrero” hacía vela pegado a los cristales de la ventana que daba al corral. A través de sus rallados cristales ennegrecidos por el humo de la chimenea que calienta la estancia, donde tiene instalada la cama para aprovechar el calor del fuego; divisa el río que baja desde la sierra y baña la parte no cercada del recinto, para saciar la sed de los animales. Esa noche no sabía el motivo, pero el ganado estaba agitado y nervioso, más inquieto que de costumbre. Los animales se desplazan de un lado a otro del cercado, se asoman a la corriente, y vuelven sus cabezas como si quisieran decir algo al resto del rebaño que está a la espera de turno para abrevar, un turno que para Tomás tenía algo diferente, el ganado no se precipitaba afanosamente en las aguas como otras noches, ésta lo hacía tímidamente, las cabras arribaban su hocico a la corriente, bebían apresuradamente y con sobresalto retornaban al redil, atropellando a las que se interponían en su camino. ¿Qué pasa esta noche en el río que altera al ganado? se preguntaba Tomás, sin encontrar respuesta alguna.*

*Sin explicación aparente, los peces del pilón en la fuente de Los Caños de la plaza, se removían nerviosos en el agua; del nadar tranquilo y ceremonioso de otras noches, ésta era distinta; al acercarse lo percibió al instante, los peces subían desde el fondo a la superficie, con un nadar rápido e intranquilo, no parecido a lo que acostumbraba a observar a diario el Sr. Pablo el panadero, cuando al terminar su tarea en la tahona, se acercaba, bebía un trago en unos de los caños que llenan el pilón, y volcaba una bolsita de migas de pan, que flotaban como copos de nieve en el agua, para alimento de los pececillos. Esta noche no se llevaban las migas hasta el fondo del pilón, con su nadar tranquilo y ceremonioso, donde las comían con parsimonia; ahora las engullían precipitadamente, tan rápido que apenas podía observarlo. ¿Qué pasa esta noche en el pilón que altera a los peces?, se preguntaba el Sr. Pablo, sin encontrar respuesta alguna.*

*Perico había madrugado, para antes del alba, tener regado el huerto con el agua cristalina que desde el río, llega a las regaderas para saciar la sed de las plantas de tomates, pimientos, cebollas y hortalizas que primorosamente cultiva, también los árboles frutales plantados en la linde del huerto agradecían con sus frutos el agua que regaba sus raíces. Al oír discurrir el agua por las acequias, algo llamó su atención, era un soniquete distinto, algo ocurría que no acertaba a comprender. El agua, en su camino hasta la huerta, por las acequias, parecía tener vida, llevaba algo que él no alcanzaba a reconocer, pero que se dejaba notar cuando las primeras luces del día se reflejaban en la corriente. ¿Qué pasa esta madrugada en el agua del riego, que produce este soniquete?, se preguntaba Perico, sin encontrar respuesta alguna.*

*Ninguno de los tres vecinos de Pedro Bernardo, acertaban a entender lo que pasaba, ni por lo más remoto sospechaban que aquel comportamiento del agua no era pura casualidad. Lo que ocurría, era consecuencia de lo que unas horas antes había pasado en la garganta “Eliza”, en lo alto de la sierra, desde donde el río, con sus cristalinas aguas, llega a las casas, las huertas, llena los pilones de las fuentes y alivia la sed del ganado.*

*Todo ocurrió al ocultarse el sol, y la noche con su manto de estrellas, iluminaba el cielo. Cuando el reflejo de la luna llena alumbraba los lanchares, van apareciendo con las primeras aguas que le dan vida al río, unos puntitos brillantes que, en la oscuridad de la noche, semejaban pepitas de oro corriendo aguas abajo. No era oro lo que brillaba, había algo que esa noche cambiaría la vida del río y del pueblo. Sí, algo de manera inexplicable se zambullía en sus aguas, haciendo que todo desde esa noche, fuera diferente.*

*Cuando llegaron las aguas al pueblo con su carga misteriosa, y comenzaron a repartirse por casas, plazas, fuentes, prados y huertos, todo cambió; porque todo lo que mojaban, con sus pepitas brillantes, se transformaba. Ya desde lo más profundo de aquellos lanchares, en su nacimiento, se habían colado en el río misteriosamente, cambiando todo lo que tocaban. Eran mágicas y tenían el poder de mejorar lo que alcanzaban; por eso, cuando el reloj del Ayuntamiento anunciaba las primeras horas del nuevo día, el pueblo se llenó de vida, los niños jugueteaban en calles y plazas más animados y contentos, todos los vecinos tenían un semblante amable, sus fuentes llenaban con alegría pilones y estanques, con su riego hacían crecer frondosos frutales, en los huertos se recolectaban excelentes hortalizas, y en los prados las aguas hacían que la hierba creciera fértil. La magia del agua convirtió al pueblo, en un espacio que embelesa a todos los que en él habitan, cautivando también, a quienes le visitan y conocen.*

*Han pasado muchos años, y como lo hicieron entonces: Tomás “El cabrero”, el Sr. Pablo y Perico; los cucharreros/as se siguen preguntando: ¿Que ocurrió para que, tan solo en una madrugada, se produjera este cambio en la localidad, sus gentes y sus campos?; pero no encuentran el motivo, solo tienen una respuesta: “el secreto está en el agua”, ese que cada día llega entre los lanchares, bañando todos los rincones de Pedro Bernardo, en la ladera sur del risco de la Sierpe en las estribaciones del sector oriental de la Sierra de Gredos, es todo el pueblo un balcón con vistas al Valle del Tiétar, como dicen los libros.*